

# LA DECONSTRUCCION DE LA UNIVERSIDAD

Por: **Richard Stivers**

Fuente: **The Centennial Review-Winter 1991 Vol. XXXV(1)**

College of Arts and Letters - Michigan State University

Versión de: **Jorge Echavarría C.**

**A**lguna vez se le preguntó al difunto presidente de la Universidad de Chicago, Robert Hutchins, qué era lo que andaba mal con la educación superior. "Muy simple -contestó- los estudiantes no quieren aprender y los profesores no quieren enseñar". No mucho después, un académico británico expatriado, con trabajo en Berkeley, sugirió la siguiente reforma académica: "Tome a cada profesor de tiempo completo y por cada libro, artículo o monografía que publique, adjudíquele una reducción proporcional en su salario. Trate de imaginar los beneficios, especialmente el silencio". En este artículo, trato de ofrecer una interpretación de estos dos comentarios interrelacionados.

Propongo examinar el papel de la tecnología y de las imágenes visuales en la transformación de la universidad moderna. La gran mayoría de las propuestas recientes para la reforma universitaria, al menos aquellas que conozco, han dado poco énfasis a estos dos factores. Por el espacio de 15 años he estado enseñando y escribiendo acerca del impacto de la tecnología en la sociedad, pero he decidido enfocar mi interés en la tecnología, un tópico diferente a mi actual trabajo sobre la moderna moralidad social. Lo que viene a continuación no es el resultado de una investigación hecha por un experto en universidades, sino una relectura de la universidad localizándola en un contexto sociológico e histórico. ¿Me atreveré a deconstruir la universidad? A pesar de que las observaciones que haré a continuación son más de carácter crítico que laudatorio, no debe vérselas como cónicas.

I

Las llamadas artes liberales están agonizando. Ya no constituyen una tradición viva que aseguraba, en alguna medida, una continuidad con el pasado. Así, las artes liberales no informan ya las experiencias reales y las prácticas cotidianas. ¿Cree alguien realmente en las promesas de las artes liberales, en el ideal de un ser

humano integral que se empeña en la búsqueda de la sabiduría y la verdad al mismo tiempo que en la consecución de poder y de un buen trabajo? Con más frecuencia que en cualquier otro sentido, justificamos las artes liberales como destrezas de pensamiento que son transferibles. En algunos casos, las justificamos como esfuerzos placenteros y como un fin en sí mismas. Sin embargo, esta última razón, que no rechazo enteramente, se ha convertido en una premisa de considerable peso sobre la apreciación de la historia, la literatura, el arte, la filosofía y el lenguaje, en tanto que partes integradas de un todo cultural mayor.

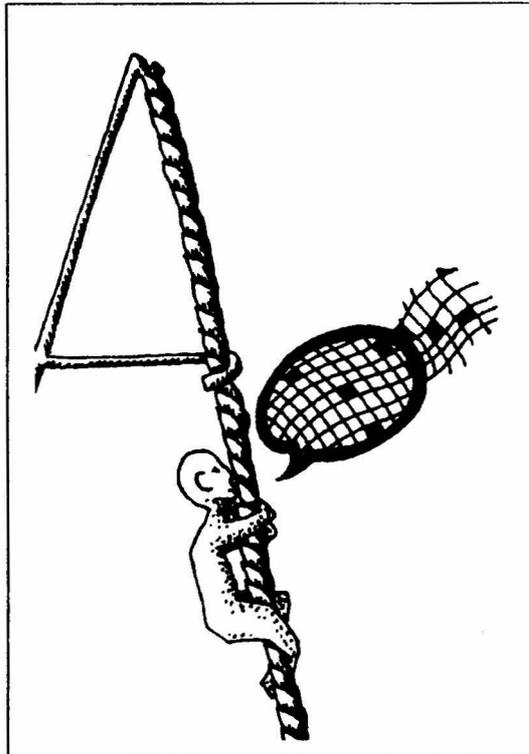
Los profesores tendemos a culpar a los estudiantes de ser perezosos y de tener poco aprecio por el aprendizaje en niveles superiores. Al tiempo, los estudiantes perciben el contenido de nuestros cursos como irrelevantes para sus vidas y para su futura vocación profesional, y están, por supuesto, en lo cierto. El historiador y psicólogo holandés J. H. Vanderburg argumentaba que cuando con sus compañeros de escuela secundaria, al comienzo de este siglo, leyó a Shakespeare, Goethe, Cervantes y Víctor Hugo, entendió a estos escritores con sus compañeros no a causa de que fuesen más inteligentes que los estudiantes de hoy en día, sino debido a que las actitudes, emociones, convicciones, creencias, conflictos y decisiones expresados por los personajes de tales textos eran similares a los suyos propios. Todo ello ha cambiado: la gran mayoría de los estudiantes no aprecia la literatura, el arte, la historia, la filosofía del pasado debido a que sus experiencias, el contexto de sus vidas, son radicalmente diferentes. Hoy, el contexto vital de ellos, y el nuestro también, está formado por la tecnología y las imágenes visuales: el computador, el centro comercial, la televisión, el cine, los anuncios publicitarios, las relaciones públicas. La sabiduría y las experiencias del pasado son irrelevantes en la civilización tecnológica.

La agonía de las artes liberales va mucho más allá de los profesores, estudiantes y universidades: es el reflejo

de cambios de largo término en la civilización occidental. Hasta el siglo XIX las artes liberales se enseñaron dentro de un contexto normativo, un conjunto de creencias y sobreentendidos acerca de la naturaleza humana, el significado de la historia y el orden social, fuese de impronta clásica, cristiana o humanística. Este contexto normativo ha sido transformado por la tecnología y el universo de las imágenes visuales, de modo que la moralidad entendida como un sistema abierto de símbolos y de paradigmas experienciales, ha sido suplantada por un sistema de reglas técnicas y de imágenes visuales cuyo "significado" es tanto la eficiencia como la normalidad. La universidad, incluyendo las artes liberales, es sólo una institución entre las otras que han venido transformándose. Pero, antes, un llamado de alerta: no me opongo ni a la tecnología ni a las imágenes visuales. Contra lo que estoy, y ello debe quedar claro más adelante, escontra la dominación de la vida por la tecnología, y el efecto corrosivo que las imágenes visuales de los media tienen sobre el discurso. Algunos de mis lectores objetarán esto, alegando que el discurso ha sido la mayor fuerza de subyugación para las mujeres y otras minorías humanas, y ello es indiscutiblemente cierto. El discurso es frecuentemente ideológico y tiende a reflejar el poder, pero aún así, la creativa ambigüedad del lenguaje significa igualmente que el discurso puede siempre ser usado para criticar el modo como el poder se distribuye o incluso para proponer un sistema alternativo. Sin la posibilidad del lenguaje, estamos irremediamente atados a la

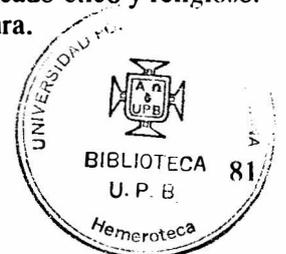
realidad tal cual es. Puede que el lenguaje sea una cárcel, pero en ella las puertas están entreabiertas.

Mi propio trabajo acerca de la tecnología y la sociedad ha recibido una profunda influencia del historiador y sociólogo francés Jacques Ellul. El define la técnica como la totalidad de métodos racionalmente conseguidos con una máxima eficiencia, en cada momento del desarrollo, para cada una de las esferas del esfuerzo humano. Usaré los términos tecnología y técnica como sinónimo en el resto del presente texto.



Como Mumford, Castoriadis y Horkheimer, Ellul pensó que la técnica va mejor entendida con las técnicas materiales (máquinas, motores, fábricas...). Las técnicas no materiales incluyen técnicas de organización, como la burocracia; técnicas psicológicas, como la propaganda, los anuncios publicitarios y las relaciones públicas. Además, las ciencias humanas aplicadas completarían este cuadro de las técnicas no materiales.

Dos ideas claves en la definición anterior son las de eficiencia y totalidad. Antes del siglo pasado, la técnica no estaba dominada por la meta de la eficiencia. Las técnicas del pasado eran más una expresión estética en tanto que eran parte de la búsqueda por una mayor efectividad. Además, estaban integradas en el espacio cultural mayor y de este modo se les daba un significado ético y religioso. La técnica no dominaba la cultura.



En el siglo XIX, no obstante, lo anterior comenzó a cambiar dramáticamente: la técnica, en el sentido de eficiencia, se hizo un fin en sí misma. El entorno cultural de Occidente llegó a creer en el mito del progreso científico y tecnológico. Este progreso, se pensaba, llevaría a la felicidad individual y a la utópica perfección del género humano. Pero, al mismo tiempo, comenzó a hacerse más difícil integrar la enorme proliferación de técnicas individuales en la cultura. La técnica afirmó lentamente su dominio sobre la experiencia, la tradición y la cultura: entramos en la civilización tecnológica.

Con la proliferación de técnicas y con la conciente intención de crear nuevas y mejores, la técnica se hizo polivalente. Las máquinas, los motores, la burocracia -en tanto que técnica de organización-, la propaganda, el rayo láser y la computadora probaron que tenían innumerables aplicaciones; lo que permitió eventualmente a la técnica convertirse en un sistema, es la interrelación y coordinación de técnicas singulares: Las máquinas pueden siempre interrelacionarse en forma lineal, como en una fábrica, pero es sólo con el advenimiento del computador que cada técnica individual puede llegar a ser al tiempo eficiente y racional en tanto que método, y fuente de información para otras técnicas, de modo que aunque estén espacialmente separadas, pueden coordinarse. Un sistema urbano, por ejemplo, permite la coordinación de subsistemas de transporte, sanitarios, médicos, de policía, de comunicaciones, políticos. La verdadera significación del computador no está a nivel de su uso individual, sino en el de la organización social. El computador ha permitido a la técnica convertirse en sistema y es por ello su centro nervioso.

Tanto como medio ambiente de nuestra vida y como sistema, la técnica evoluciona a un cierto precio para la cultura: la supresión del significado. Por significado me refiero específicamente a sentido en una manera holística y teleológica: el sentido de la vida y el de la

historia, que puede ser expresado en ambos en términos tanto estéticos como éticos, y entendidos tanto como cualidades estáticas como dinámicas. La técnica ataca el sentido de muchas maneras: primeramente, su uso extendido en las interacciones humanas da como resultado relaciones abstractas e impersonales. Lo otro es el objetivo de una técnica lo que reduce a todos y cada uno a una abstracción semejante: La técnica se convierte en un sustituto para las costumbres y la moralidad. En segundo lugar, la técnica es la única responsable de las importantes acciones que garantizan la supervivencia y proveen de una fuente para la identificación colectiva. Las acciones no técnicas que realizamos se hacen al tiempo triviales o compensatorias: piénsese en todas las formas modernas de entretenimiento escapista, desde los deportes, los video-juegos y el cine, hasta el turismo o las drogas. Además, nuestros propios pensamientos fundados en la experiencia y en las convicciones son, al lado de la técnica, ampliamente irrelevantes como una fuente de motivación y como una limitación sobre nuestra conducta, ellos se hacen, frecuentemente, compensatorios. Por ejemplo, mucho de nuestro trabajo reciente en el campo de la ética adolece de ignorar el medio ambiente tecnológico en el que estamos inmersos y que nos provee así de soluciones ilusorias. Como Ellul observa, en una civilización tecnológica todo se hace al tiempo "imitación de la tecnología o una compensación". En tercer lugar, la técnica hace del sentido de las palabras claves (cualidades estéticas y éticas) algo polivalente. A pesar de que el significado de las palabras en todos los lenguajes naturales es hasta cierto punto ambiguo (el contexto contribuye a reducir la ambigüedad), las palabras polivalentes son palabras tan vaciadas de sentido que pueden ser aplicadas a cualquier situación o relación. Las técnicas psicológicas de propaganda y publicidad son grandemente responsables de esto. Por ejemplo, la libertad y la justicia han sido aplicadas por políticos de los más tiránicos e injustos partidos y gobiernos. La declinación del sentido común está acompañada por el empobrecimiento del lenguaje.

El sistema tecnológico ha sido asistido, en su crecimiento, por la proliferación y difusión de imágenes visuales, especialmente aquellas de los mass media. La materialidad de las imágenes visuales proporcionan un excelente medio para las técnicas de representación directa. Ello se constituye en un método lógico y eficiente, y, en últimas, abstracto. Además, esta misma materialidad proporciona un contexto concreto para nuestras vidas, algo que las técnicas no pueden hacer. No es un secreto que vivimos en una civilización inundada por imágenes visuales: fotograffas, imágenes de computador, de televisión, vallas, periódicos, comics, anuncios, museos, películas, ayudas audiovisuales, etc. Las imágenes visuales son un medio excelente para despertar emociones y pueden ser usadas también para transportar información, pero la comunicación del sentido sólo ocurre por medio del lenguaje.

La diferencia entre el símbolo y la imagen visual es fundamental: el símbolo empapa la realidad, que es empírica y cuantificable, de sentido. Nos permite, por ejemplo, hacer distinciones entre bondad y maldad, lo sublime y lo grotesco, la libertad y la tiranía. El (los) significado(s) del símbolo nos permite establecer una distinción cortante entre signo y realidad. En esta forma, el significado (sentido) y el referente (realidad externa) toman todos parte en el discurso. El discurso es lenguaje en uso, está basado en la experiencia e interacción humana con una realidad externa. Si no hubiese referente, ninguna realidad externa común, no tendríamos experiencia intersubjetivas que expresar en el lenguaje.

La imagen visual, por contraste, es un signo sin sentido, un significante sin un significado. Las imágenes visuales son típicamente referidas a la realidad (un referente). Además de esto, la materialidad de las imágenes visuales oscurece la distinción entre imagen y realidad. Así, las imágenes visuales son conservadoras, en tanto que nos atan a la realidad tal cual es o puede ser (posibilidad siempre en el sentido tecnológico). Como

E.L. Gombrich argumenta en Scientific American, las imágenes visuales sólo tienen sentido cuando la audiencia puede proporcionar el código lingüístico y el contexto para ellas -el contexto cultural, los sentidos verbales tradicionales que la imagen ha asumido. Las imágenes visuales de los mass media son hoy por hoy lenguaje subversivo, y ello no es fundamentalmente una consecuencia de la diáfana cantidad de imágenes con que nos encontramos diariamente. Más bien, es debido a la conjunción de tres factores: (1) La ligazón lógica entre las imágenes visuales de los media, de manera que forman un pseudo lenguaje. (2) Las imágenes visuales de los media entendidas como una realidad emocionalmente más satisfactoria que la que experimentamos directamente. (3) El empobrecimiento del lenguaje natural.

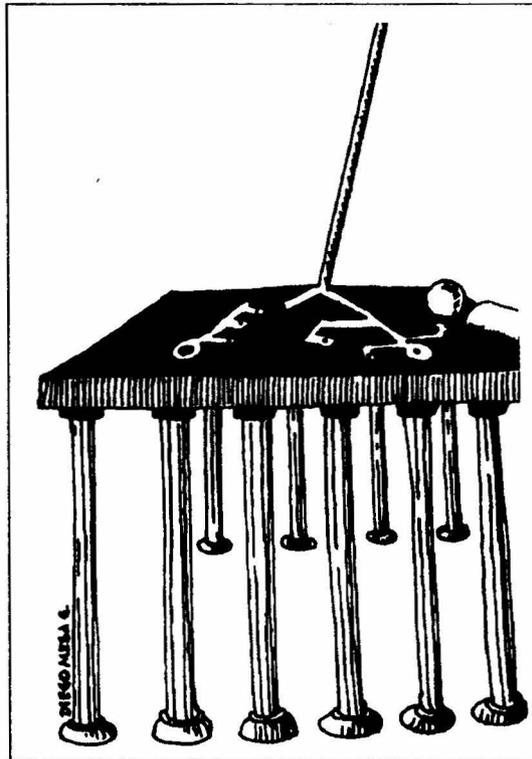
Las imágenes visuales de los media descontextualizan la realidad, ya que toman a esta realidad por fuera de sus contextos existenciales, culturales e históricos. La imagen visual nos enfrenta con una realidad estrictamente material, pero selectivamente representada. Las imágenes visuales cortan y reconstruyen la realidad de acuerdo con la lógica espacial de los significantes. El "sentido" de un programa de TV es el resultado final: éxito o fracaso, supervivencia o muerte, posesión o desposesión; en otras palabras, "poder". Si miramos sólo a las imágenes visuales (baje el volumen y rehúse a proveer el contexto faltante), descubrimos sólo imágenes de poder o imágenes de posesiones. Vemos objetos para ser poseídos o consumidos, el poder de los cuales se convierte en el poder del consumidor: carros, colonias, computadores, personas. Del mismo modo, vemos objetos actuando en relación con otros objetos: actos de posesión, consumo, control o violencia. Tales actos de poder están espacialmente ligados en un programa de TV o en una película en una secuencia lógica que conduce a un resultado: éxito o fracaso.

Las imágenes visuales de la televisión son las más devastadoras, debido a que se les consume durante

mayor cantidad de tiempo y a que su impacto emocional es muy grande. Los estudios que miden la actividad del lado izquierdo del cerebro, relacionada con la actividad del pensamiento racional, indican que cuando se lee o escucha una lectura, esta parte está trabajando de tal forma que frecuentemente nos sentimos cansados después. Por contraste, cuando se ve televisión o una película, la actividad de lado izquierdo está cerca a la que se tiene durante el sueño. Es obvio que la imagen visual de los media está trabajando en nosotros al mismo nivel del instinto o la emoción, y ello es lo que hace de los media mecanismos poderosamente compensatorios. Ellos proporcionan espectáculos plancenteros: la vida en televisión es emocionalmente más satisfactoria para muchos de nosotros que la realidad vital. Estudios sobre telenovelas indican lo anterior, pero tal aserto es aplicable a casi todo tipo de programas. Recuerdese que el norteamericano promedio ve de 6 a 8 horas de TV diariamente. El impacto acumulativo de la técnica y del universo de las imágenes visuales nos transforma en espectadores de la vida.

Baudrillard anota que la realidad es ahora simulada a través de las imágenes visuales de los media, los modelos de computador, la información técnica en general. Desde esta perspectiva, la imagen visual en tanto que signo no tiene sentido ni referente: se ha tragado tanto sentido como realidad. Baudrillard es un maestro de la hipérbole, porque mientras que su aserto no se acomoda perfectamente a la situación presente, si viene como

anillo al dedo en muchas otras maneras: Primero, mucha gente tiende a ver las imágenes mediáticas como solo "signos y apariencias" debido a que la realidad (en mucha proporción técnica) se ha convertido en más y más abstracta, impersonal, distante. Así, las imágenes no lo son de la realidad, sino que son la única realidad.



Segundo, la realidad misma ha venido a reflejar las imágenes visuales de los media, como observa Ellul "las imágenes visuales son normas en un mundo sin sentido". La publicidad, los programas de TV y las películas proporcionan modelos para emular. Para los jóvenes, tal sólo un poco más que para los adultos, los media forman el contexto de sus vidas: las estrellas de rock, actores cinematográficos y celebridades proveen figuras para imitar. Recordamos los jingles publicitarios, nos vestimos como celebridades y hablamos y actuamos como nuestras contrapartes televisivas.

El empobrecimiento del lenguaje es al tiempo causa y efecto del triunfo de las imágenes visuales. El trabajo de Kenneth Hudson y John Holloway en Inglaterra apunta en esta dirección a problemas correlacionados: la reducción del lenguaje a un

ducto para la información, y la reducción del lenguaje a un vehículo de identificación emocional. El primer problema es expresión directa de la técnica, y las variadas expresiones de esto comprende: un crecimiento del vocabulario científico y técnico, en el que el interés primordial es el de las relaciones funcionales,

términos operacionalizados y hechos cuantificables; la declinación de la metáfora en el habla cotidiana; la ecuación de una palabra con una imagen visual o, en otras palabras, el uso de la imagen visual como un indicador operacional del concepto tras la palabra, y la proliferación de palabras moral y políticamente inofensivas (niños retardados son hoy niños excepcionales; los pobres son los no privilegiados; el comportamiento inmoral se convierte en comportamiento desviado; los viejos son los ciudadanos mayores...). El último problema -el uso de palabras en formas vagas para el propósito de la identificación emocional-, es un reflejo indirecto de la técnica. La jerga, cuya apariencia superficial es científica, es realmente el opuesto de los conceptos rigurosos, científicos, tecnológicos, y por ello se usa menos para conducir una información que para sustentar un sentimiento de identidad colectiva, un sentido de pertenencia. El estudio de Harold Garfinkel acerca de la jerga sobre salud mental en la burocracia psiquiátrica mostró que creándose una cerrada comunidad lingüística a través de la jerga, los trabajadores de instituciones de salud mental se protegían a sí mismos contra interferencias externas. El lenguaje que se acuña para conducir información o para expresar identificaciones emocionales, es un lenguaje que se adecua pobremente para comunicar sentidos éticos o estéticos. El discurso técnico o emocional por sí mismo no puede nunca dar nacimiento a la pregunta por la verdad (aun si sólo se entiende como sabiduría) en relación con la realidad.

## II

¿Cómo han influido en la universidad el sistema tecnológico y el universo de las imágenes en los últimos tiempos? Permítaseme comenzar a contestar con una descripción de la universidad moderna y, por favor, compárela con su universidad. De una universidad que era ocasión para una, cierta forma, modesta comunidad de estudiosos -profesores y estudiantes-, hemos venido a parar a una inmensa organización cuyos propósitos

gemelos son el crecimiento y la eficiencia. Esta organización burocrática que aún conserva el nombre de universidad tiene un cierto número de sustratos en competencia mutua: en el nivel inferior está un anfitrión secular descontento y busca-trabajos que ve la lectura, la escritura y el pensamiento como obstáculo para una vida de seguridad y confort. En el nivel medio, un gran establo de especialistas burocráticos cuyo mayor logro es el obtener patrocinios para investigación, aparte la seriedad del esfuerzo, y el ser publicados. En el nivel superior, una plétora de gerentes demasiado interesados por las relaciones públicas, los dólares y las medidas contables, de modo que han convenientemente olvidado el contenido de lo que se enseña, aprende y estudia, esto es, la vida de la mente. Hay, por supuesto, excepciones en estos tres niveles, pero, como sucede en cualquier organización, la mayor parte de sus miembros están conformes con su estructura y creen en su ideología.

La universidad moderna se ha convertido en una organización dominada por la técnica y por la búsqueda de una eficiencia puramente cuantitativa. Cuando se examina la experiencia de enseñanza-aprendizaje, el factor que más se destaca son las grandes clases de lectura, con sus exámenes de múltiple escogencia y sus textos descontextualizados. Quienquiera que haya enseñado en una clase semejante en una era en la que el peso de la responsabilidad por el aprendizaje recae principalmente en el profesor (un ejemplo de una no intencionada deshumanización de los estudiantes, apartándolos de sus responsabilidades), sabe que el énfasis está en la memorización de hechos. Cualquier elemento complejo o que dependa de un conjunto demandante de argumentos, es abolido. Se le enseña a cientos de estudiantes con un mínimo de malentendidos, y para ello se enseña al común denominador más bajo. En las enormes sesiones de clase, los estudiantes no reciben tareas escritas para realizar, al sumo unatareade ejemplos. Los textos completan la felonía presentando información descontextualizada para una fácil digestión.

Los libros de texto tienen su lugar en matemáticas y hasta cierto punto en física, pero en las humanidades y en ciencias sociales son mortales. Los estudiantes deben localizar la "información" en tales campos dentro de contextos históricos, literarios y filosóficos, y ello significaría leer libros reales.

Las grandes sesiones de clase no son un invento reciente, pero es su combinación con los exámenes de escogencia múltiple y con textos escritos para un nivel de bachillerato o menor lo que constituye una nueva cosecha. Los editores de textos son notables por su interés en que sus obras no reten a los estudiantes, ya que son "accesibles". Cuando la falta de escritura se combina con la escasez de lectura seria, las facultades críticas del estudiante son dejadas de lado, inactivas. Los estudiantes descubren que la educación superior consiste en memorizar información, y esta situación continúa hasta los cursos superiores, incluso. Ha hallado que muchos estudiantes en sus exámenes de ensayo me dan "listas de compras", es decir, una serie de hechos presentados como un bosquejo. Estos estudiantes han aprendido a estudiar para un examen de selección múltiple, en el cual el entendimiento es desenfático, y ahora se espera de ellos que escriban un ensayo que debe formar una unidad de entendimiento y reflexión: el resultado es la confusión. Esta técnica educacional -graves clases con exámenes de selección múltiple y textos escritos con bajo nivel- no está ahí sólo para facilitar la enseñanza. Del mismo modo, debe facilitar el aprendizaje. La comunicación de ideas, la verdadera educación, no es nunca eficiente; demanda reflexión, diálogo y crecimiento de estudiantes y profesores. Por contraste, la diseminación y memorización de información puede ser hecha eficientemente. En 1970, dos estudiantes radicales me preguntaron cómo hacer entrar en crisis la Universidad del estado de Illinois. Mi respuesta fue la de que debían que tomar su educación seriamente. El sistema, dije, parte de la premisa de que la gran mayoría de los estudiantes no están realmente interesados en obtener una educación seria. Si todos los

17.000 estudiantes estuvieran pensando en lo que aprendían y demandaran frecuente diálogo con sus profesores, el sistema entraría en colapso.

Como parte de la creciente tecnologización de la universidad, hay una búsqueda utópica por la perfecta forma de enseñanza. Lo que me interesa es que tal búsqueda está más acerca de motivación que del contenido de curso. Ello involucra un reconocimiento de que la mayoría de los estudiantes están aquí contra sus voluntades, y en este sentido la universidad es sólo una extensión del bachillerato. La técnica de moda hoy en día parece ser el uso extensivo de grupos: grupo de proyectos, discusión de grupo, documentos grupales, etc., pero el punto más relevante aquí es qué impacto tiene esta técnica sobre el contenido del curso. Es aquí, sospecho, donde se da una disminución en la dificultad de tareas de lectura al aplicar este método? Tal vez quien defiende esto piensa, como lo hacen los pueblos democráticos, de acuerdo con Tocqueville, que hay más sabiduría en una asamblea que en un individuo. Pero todo el aprendizaje real es fundamentalmente un acto individual.

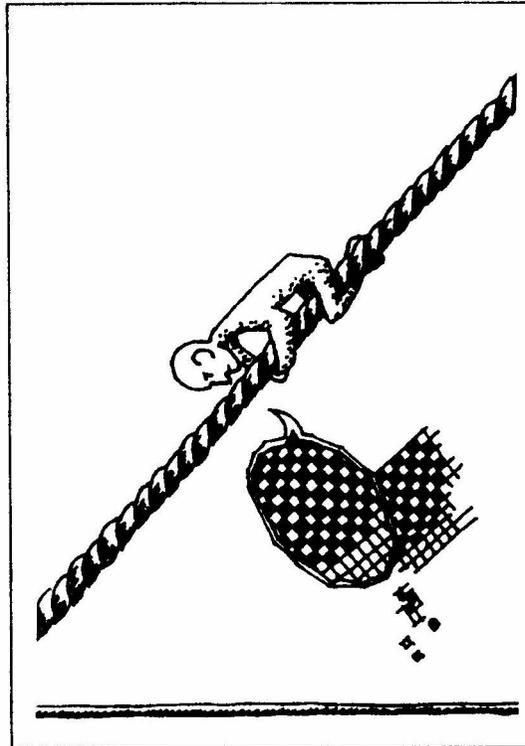
No tengo nada en contra del intento de motivar a los estudiantes: El profesor que ignore esto es un arrogante. No obstante, todavía es de gran interés que el énfasis en la motivación, en la búsqueda de la técnica de enseñanza perfecta, simultáneamente resuelva otro problema: la popularidad. Las evaluaciones de los estudiantes miden poco más que cuanto se aprecia a un profesor. Aun así, la motivación de los estudiantes garantiza que ellos se han convertido momentáneamente en aprendices y que usted, señor profesor, será recompensado el día de la evaluación. El énfasis en la técnica motivacional como un fin en sí mismo pasa por alto muchos problemas relevantes. Si el contenido de un curso no motiva a un estudiante, posiblemente tendemos a asumir que hay algo que falla tanto con el estudiante como con su medio ambiente social (familiar, de compañeros de grupo, social), o con el curso

mismo. Con la correcta técnica de enseñanza, no obstante, el contenido del curso y el medio ambiente social podrían ignorarse. De este modo, la enseñanza se convierte en una técnica psicológica.

La creciente especialización es un componente necesario de la civilización tecnológica, en la que los profesores y sus estudiantes graduados centran su atención en problemas de investigación cada vez más refinados. La aparente ganancia en profundidad viene aparejada con una pérdida de amplitud, lo que llega al salón de clase en forma de definiciones de curso cada vez más cercanas de la investigación especializada. Los estudiantes aprenden más de los estrechos intereses de sus profesores que de la realidad de la cual tratan. Thorstein Veblen se quejaba ya de la superespecialización del currículo de las universidades norteamericanas en la década de los veinte.

Es en el nivel de postgrado donde los profesores futuros aprenden que la investigación y la publicación son lo que importa realmente, en tanto que son la forma para avanzar profesionalmente. El gran énfasis en investigar y en financiar esta actividad ilustra bien la manera en la cual la universidad se ha hecho parte del sistema tecnológico. El sistema tecnológico es un sistema enteramente dinámico que evoluciona a través de la innovación, en el que técnicas cada vez más eficientes reemplazan a otras que no lo son tanto. La investigación financiada de la Universidad, en su gran mayoría científica en naturaleza y tecnoló-

gica en su aplicación, es un requisito necesario para que el sistema continúe creciendo. Aun la financiación de investigación en ciencias sociales se hace para ayudar a resolver problemas sociales, en una especie de ingeniería social. Si en el pasado las universidades estuvieron sujetas a presiones religiosas y políticas, hoy tales presiones son tecnológicas.



Al final de los sesentas y al comienzo de los setentas se hicieron muchas objeciones serias acerca de las implicaciones morales y políticas de ciertos patrocinios gubernamentales y privados de financiación de proyectos, como el Camelot, de investigación en genética. Hoy día hay poca oposición: la investigación financiada es un fin en sí misma.

¿En qué momento la proliferación de información técnica se hizo tan abrumadora que no pudo ser integrada? El Presidente Gregorian de la Universidad Brown, en una entrevista el año pasado con Bill Moyers le dedicó bastante tiempo a este problema. Observó que mucha de esta información no tiene valor para ser aprendida y que los profesores universitarios enfrentan hoy

en día una enorme tarea en ayudar a cruzar a los jóvenes a través de este laberinto de información y hacer conexiones, teóricas de modo que no queden con una visión severamente fragmentada del cosmos, la historia y la cultura.

Indudablemente, el impacto de la técnica ha obligado a las universidades a abandonar un currículo común y a la proliferación de facultades y especializaciones. La universidad se acomoda a sí misma a la división tecnológica del trabajo en la sociedad, ya que para no perder relevancia hay que hacerlo: la universidad moderna es un enorme campo de entrenamiento vocacional. Reconozco que los ingenieros, doctores, arquitectos, etc., tienen una intensa educación técnica. Mi objeción se dirige a la ocupación del currículo universitario por la técnica, pero no es de la vocación en sí o para otros propósitos de lo que aquí quiero hablar. Recuérdese que la universidad medieval era vocacional. Es del sentido de la vocación profesional de lo que se quiere hablar. En la Edad Media, "vocacional" significaba entrenamiento en lógica, expresión oral y, al final, la composición de cartas. Se daba un fuerte énfasis en lógica, gramática y retórica. Hoy, lo vocacional significa técnica, y educación técnica es exactamente lo opuesto de educación, en tanto que la educación técnica consiste en aprender a realizar una tarea eficientemente, involucrando una transferencia de información. Una educación teórica involucra entender el por qué, reflexionar sobre explicaciones y criticar las teorías vigentes y las realidades a las cuales se refieren. Adicionalmente a la pérdida en la universidad moderna de un currículo central, y de la proliferación de áreas vocacionales de estudio, las artes y las ciencias mismas se han convertido en extremadamente técnicas: primeramente, ahora son altamente especializadas, un aspecto importante de lo técnico. En segundo lugar, tienden a enfatizar lo fáctico hasta el punto que los conceptos que introducen van más allá de conceptos empíricos en raras ocasiones, esto es, conceptos operacionales. En tercer lugar, proliferan los cursos que enseñan a usar conocimiento empírico, práctico, en un modo que atraiga a posibles empleadores: tenemos, para colmo, una especialización en relaciones públicas. Todo esto es a expensas de la teoría, que se segrega más y más reduciéndose a uno o dos cursos.

Todo lo anterior nos lleva a establecer otra diferencia entre un vocacionalismo fincado en destrezas de lenguaje y otro determinado por la técnica. Es sólo en el primero donde puede plantearse el problema de la virtud, ya que es tal vez ilusorio el plantearlo sin un fuerte basamento en lenguaje, historia, literatura y filosofía. El vocacionalismo técnico es el que suplanta hoy aquella unidad moral que las universidades una vez tuvieron. La técnica, para decirlo así, deconstruye el sentido de la universidad, el que estaba estaba corporizado en un currículo básico, interés fundamental alrededor del cual estaba la universidad. Cuando funcionaba bien, el currículo básico se interesaba por la búsqueda de la verdad, en forma de saber, y no en un mero adoctrinamiento en una verdad estática. Hasta el siglo XIX, la universidad existía dentro de una sociedad cuyas instituciones estaban estructuradas de acuerdo con experiencias simbólicamente mediadas. Un currículo básico es irrelevante en una civilización tecnológica ya que el sistema tecnológico hace de la experiencia simbólicamente interpretada y de la sabiduría moral algo irrelevante. Sin embargo, tenemos en otro sentido realmente otro currículo básico hoy en día, uno oculto bajo la apariencia de diversidad y escogencia: alfabetidad en computadores, metodología cuantitativa y administración. Casi todos los estudios de postgrado demandan de sus estudiantes el uso del computador; muchos piden que los estudiantes aprendan la lógica de la metodología cuantitativa, y un porcentaje creciente les demanda el aprendizaje de la técnica administrativa: administración pública, educativa, de hotelería, hospitalaria, de negocios, de servicios sociales. El énfasis en el computador, en el método cuantitativo y en la administración significa que el currículo se hace cada vez más similar en todas las áreas a un nivel profundo, a pesar de su aparente diversidad. Hay poca diferencia entre la administración de negocios y la educativa, en tanto que éstas son disciplinas empíricas y no normativas. Y la razón es obvia: la técnica en la forma de burocracia o como sistema experto, rinde lo mismo en todas las organizaciones.

Ello nos retrotrae a la administración de la universidad moderna. Si la enseñanza y el aprendizaje han sido puestos bajo la égida de la técnica, la administración universitaria lo ha sido en grado mayor: la burocracia es una técnica de organización, como Max Weber claramente entendió. Su interés principal es la eficiencia, y ello es amoral, ya que sus reglas son racionales y técnicas, no morales. La burocracia prospera en la cuantificación de las tareas: la acción debe ser reducida a una tarea técnica por medio de la racionalización y cuantificación. La columna vertebral de los métodos de contabilidad es la cuantificación del comportamiento. Tal como Marx y Weber entendieron antes, Hanna Arendt comprende que la estructura de la burocracia en un nivel da origen a la mentalidad burocrática en otro nivel. La mentalidad burocrática percibe el mundo como un objeto para ser manipulado, por un lado, y como un conjunto de reglas técnicas al que hay que conformarlo, por otro lado. Arendt ve el caso de Adolf Eichmann como un prototipo extremo de lo que la mentalidad burocrática puede hacerle a una sensibilidad moral.

El control burocrático depende de medidas contables. La medida más dicente es la evaluación que los estudiantes hacen a los profesores, la que, como sabemos, mide la popularidad. Sin embargo, el burócrata no tiene ni el tiempo ni la inclinación para definir la buena enseñanza en lo que es, y es esta evaluación la que le da una base cuantitativa para juzgar la enseñanza. Como David Riesman observó en su estudio sobre la educación superior, el uso de la evaluación de los estudiantes opone a los estudiantes y a los profesores en tal forma, que el único beneficiado es el administrador, que así incrementa su control sobre el cuerpo profesoral. El uso de la evaluación estudiantil ha tenido sin duda un papel en la inflación de notas: los profesores deben aplacar a los estudiantes haciendo del aprendizaje algo divertido (y si algo hay que no sea el verdadero aprendizaje es ser divertido), y dándoles notas altas.

Tal vez es sólo una retribución por un sistema de calificaciones que se ha convertido en una técnica de control. La mayor parte de los sistemas de calificación en esta país van en un rango de cinco a nueve letras, con la creencia de que cada nota representa una diferencia cualitativa. No estoy convencido de que pueda medirse la inteligencia o el desempeño en ningún sentido real del término, pero mi discusión es en torno a cómo las notas se han convertido para el profesor en una forma de control burocrático, un sustituto de la autoridad, y para el estudiante en un fin en ellas mismas. Al tiempo con las notas, considérense la proliferación de tests y tareas que consumen mucho tiempo, todo lo cual debe ser calificado. Todo esto se ha convertido en formas de coerción para estudiantes adictos a las notas en el mismo sentido que nosotros somos adictos a las evaluaciones de estudiantes, encuestas de méritos profesoral y cosas por el estilo. Una perfecta muestra de la mente burocrática: hemos aceptado las medidas de contabilidad que rutinariamente reducen nuestra libertad. Algunas investigaciones sugieren que los administradores usan las medidas de desempeño, aun cuando su validez sea seriamente cuestionada, debido a su accesibilidad.

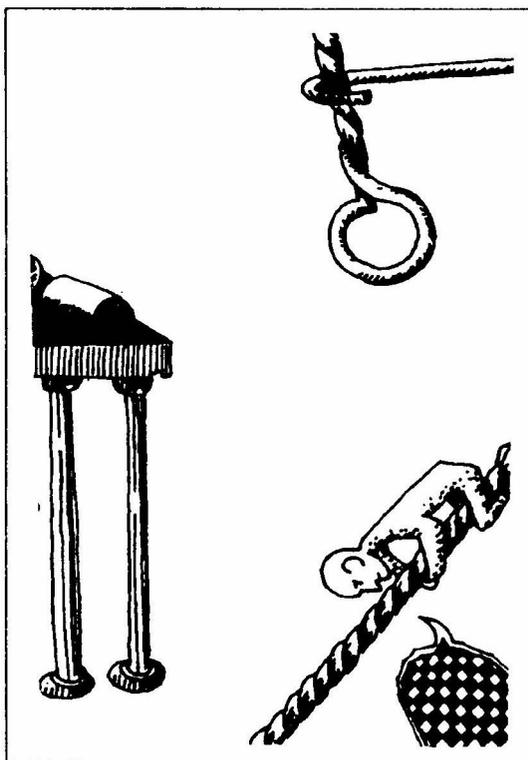
Frecuentemente reflexiono sobre mis experiencias en Irlanda en 1968. Para esa época, Irlanda no se había "convertido" al sistema americano de cursos individuales y exámenes para cada curso. En su sistema, moldeado en cierta forma sobre el patrón del sistema británico, los estudiantes sólo presentaban exámenes al final del año y ello sólo en las llamadas áreas mayor y menor de su currículum. Cuando les expliqué cómo funcionaba el sistema americano con numerosos tests y tareas en cada curso, su reacción fue al tiempo de que ello era un castigo, por un lado, y un obstáculo para el aprendizaje, por el otro. Algunos de mis mejores estudiantes, en su último año, comentan: "¡Al fin podré leer algo y tratar de entenderlo!".

La cualidad de la experiencia de enseñanza-aprendizaje está indicada menos por la cantidad de test y tareas, por la cantidad de lecturas o por qué tan duro sea el profesor al calificar, sino por el contenido del curso y por el carácter e inteligencia de profesor y estudiante. Cuando la educación superior no era primordialmente técnica, y por ello más teórica, el profesor ideal era

aquel que tuviera al tiempo amplitud y profundidad para el aprendizaje, y el estudiante ideal aquel que deseaba lograr al tiempo carácter e inteligencia. Aquellos profesores que todavía emulan aquel ideal son ignorados por la mayoría de estudiantes, que sólo buscan una educación técnica, y de ahí la escalada de tests y tareas, inflación de notas y uso de las evaluaciones a docentes. La educación se ha vuelto un ritual en el que cada mitad intercambia dones: notas altas y entretenimientos por evaluaciones halagadoras. Así, aquellos profesores que trabajan cursos en postgrados diseñados para que los estudiantes encuentren un trabajo, se encuentran con una mejor respuesta, pero este es un problema que trasciende tanto en la educación teórica como práctica: la declinación en la habilidad para leer y pensar en los estudiantes, pero

ya y volveré sobre este punto. Las becas igualmente han sido adversamente afectadas por la técnica burocrática: se han hecho productividad de investigación. El nombre del juego es publicación y fondos para investigación. Tal como se reporta en *The Chronicle of Higher Education*, ha habido una firme progresión en la cantidad de publicaciones que se esperaban del cuerpo

docente. La productividad es un fin en ella misma, muy lejos de la seriedad del esfuerzo investigativo, ya que no es asunto de responsabilidad académica sino de necesidad burocrática: las universidades altamente activas en su crecimiento demandan más investigación, por ello les trae más dólares y prestigio.



Tomadas en conjunto, las variadas medidas de contabilidad conforman la base para el proceso de evaluación anual, el que, otra vez, no es asunto de responsabilidad profesional sino de necesidad burocrática para el control. No estoy atacando la necesidad de tomar decisiones sobre permanencia y promoción de modo riguroso, sino contra la irracionalidad de méritos anuales para la labor intelectual. Los méritos deberían estar exclusivamente ligados a la promoción de docentes para trabajar en actividades escolares más complejas y serias tanto dentro como fuera del salón de clases. Tal vez la mentalidad burocrática no se revela tanto entre los docentes como cuando sirven en comités a nivel de facultad o de universidad, cuando su actitud se hace frecuentemente de "seriedad organizacional" y se hacen, entonces, administradores. En su gran

mayoría, estos comités hacen sugerencias acerca de cambios en los procedimientos burocráticos que tratan de hacer más eficientes la universidad. Los comités de currículo, por ejemplo, en los que el contenido de un curso se propone y esto tiene menos atención cuando el curso sigue paso a paso las regulaciones burocráticas. Los administradores y sus comités piensan siem-



pre acerca de la estructura, las reglas y procedimientos. Pero todos los cambios no técnicos ocurren al nivel más humilde, el de la gente. Una universidad que realmente desee enriquecer las relaciones enseñanza-aprendizaje y promover serios propósitos escolares, es aquella universidad que da a sus docentes y estudiantes la libertad para ser serios. En una palabra, en mucho los deja solos. Una universidad que trata de cambiarse a sí misma a través de una reforma burocrática y relaciones públicas sólo logra que las cosas empeoren. Hoy estamos siendo abrumados por procedimientos burocráticos y medidas contables, como la idea realmente tonta de educación con valores agregados. Gastamos mucho tiempo contabilizando aquello que hacemos de modo que no tenemos tiempo para hacer lo que hacemos. Desde el punto de vista de la universidad tradicional, cada intento de reforma a la universidad moderna sólo la hará peor: esto es, la hará más conforme con el sistema tecnológico.

¿Qué papel juega el universo de las imágenes visuales y el empobrecimiento del lenguaje en la transformación de la universidad? Nada es más empobrecido que el lenguaje burocrático, el que es, de acuerdo con Ralph Hummel, un lenguaje muerto. No hay comunicación real en el lenguaje burocrático, sólo transferencia de información. Los lenguajes naturales son todavía lenguas vivientes que permiten al hablante comunicarse intencionalmente (no de modo perfecto, por supuesto), y hacer referencia al mundo en su doble aspecto de empírico y normativo. El lenguaje burocrático no expresa intenciones, y, al tiempo, no se refiere a un mundo exterior a sí mismo: es hermético en todo el sentido del término.

El lado "brillante" del lenguaje burocrático es que es un lenguaje de funcionalidad no en cuanto propósito sino como consecuencia. Es un lenguaje cuyo sentido consiste en fragmentos de información operacionalizada que es usada para resolver problemas. El lenguaje burocrático puede ser usado para describir procedi-

mientos organizacionales o ser usado para dar instrucciones para seguir tales procedimientos. Dado que la eficiencia es la razón de ser verdadera de una burocracia, su lenguaje trata de eficiencia: funciones, indicadores operacionales, soluciones técnicas. El lenguaje del computador es meramente una variación del lenguaje burocrático.

El lado "oscuro" del lenguaje burocrático es su vaguedad con respecto a los sentidos ético y estético. Es un lenguaje diseñado para representar cosas, procedimientos lógicos y funciones, pero no un lenguaje que permita referirse a cualidades que son esencialmente metafóricas. De ahí que los comités universitarios y los administradores discutan los valores, metas y la visión de la universidad y hagan "aclaraciones globales" en tan vago modo. El lenguaje que emplean no se adecua a la discusión sobre valores, misión y metas. El lenguaje burocrático es preciso con referencia a las funciones tecnológicas, pero vago con respecto al sentido. La vaguedad del lenguaje burocrático es un ejemplo de la jerga, que discutí antes. Las discusiones burocráticas en torno a valores, metas, misión y todo aquello, permiten a la universidad lograr una identificación puramente emocional de parte del cuerpo docente, los estudiantes y administradores. Vacuna contra aquellos que puedan oponerse a una educación liberal, estudios humanistas, es la justificación de ser "institución pionera en pre-grado" o "edificando preminentes programas de postgrado", y lo que estas palabras significan es lo que cualquiera esperaría que significaran. Así, la misma vaguedad de los términos clave permite a la universidad hacer lo que le plazca, aun si ello quiere significar el alejamiento del ideal de las artes liberales, pero permaneciendo aún bajo la égida integradora emocionalmente de un empobrecido vocabulario. En tanto este tipo de lenguaje penetra la vida cotidiana de forma progresiva, los estudiantes se hacen más incapaces de entender un lenguaje más riguroso y teórico. Como indiqué antes, el universo de imágenes visuales de los media tiene un profundo impacto sobre la moti-

vacación y habilidad para pensar en forma abstracta, para leer y escribir. Aquellos que han sido televidentes compulsivos tienen las dificultades más grandes. El problema de la motivación es mucho más fácil de tratar que el de la habilidad, de modo que los estudiantes de hoy prefieren ver TV, ir al cine, jugar videojuegos, que leer y pensar, y ello debido a que las primeras actividades son más inmediatamente placenteras y emocionalmente satisfactorias. Nuestra cultura, además, define el propósito de la vida como consumo y espectáculo. El contexto de los estudiantes es la televisión, no el mundo de los libros y el discurso serio. Para un estudiante el no estar en contacto con los media es equivalente a perder el contacto con la realidad.

La moribunda habilidad de los estudiantes para pensar en forma abstracta se relaciona con el hecho de que el entender un fenómeno visualmente requiere un proceso diferente y opera en un nivel distinto. Las imágenes visuales nos golpean en un nivel emocional, tal como ya había indicado, y son entendidas por medio de asociación con otras imágenes visuales, con el resultado de una aprehensión global, intuitiva, de la realidad empírica. Por consiguiente, las palabras permiten pensar abstractamente, de modo que cada palabra se remite a otra para formar unidades de sentido mayores: oraciones, párrafos, narrativas. Pero el sentido es abstracto, mientras que con el pensamiento visual permanece concreto.

Los humanos hemos tenido siempre imágenes visuales y ellas forman el background de nuestras imágenes mentales. Hoy, sin embargo, estamos sumergidos en imágenes visuales. El descontrolado volumen y velocidad con los que nos bombardean es de menor importancia que el que están lógicamente relacionadas, al interior de un programa de TV, una película o una presentación de diapositivas. Aún cuando las palabras se usen con las imágenes, ellas se les subordinan. La palabra está perdiendo su sentido y valor como vehículo de razonamiento, convirtiéndose a su vez en "accesorio"

de la imagen, indicador operacional de la palabra. Uno de mis más perceptivos estudiantes ha escrito de cómo los videos musicales han invadido los recuerdos de los romances de adolescencia. En las canciones populares, la letra de lo que representaba la relación romántica, evoca ahora recuerdos del video acompañante mucho más que de la verdadera novia.

Es por ello que estoy convencido que muchos estudiantes recuerdan el ejemplo y el concepto, sólo recuerdan lo escrito en el tablero, pero no pueden seguir un razonamiento lógico argumentativo. Ellos piden, y nosotros les damos, ayudas audiovisuales, películas, diapositivas, gráficas, modelos visuales y libros ilustrados. De lo que no nos damos cuenta es de que en nuestro sincero esfuerzo por motivar a los estudiantes, debilitamos su habilidad para pensar de modo abstracto, subyugando la palabra a la imagen. Además, en la medida en la que se incrementan y proliferan las imágenes visuales como ayudas instruccionales y el lenguaje burocrático se convierte en el lenguaje del salón de clase y de los textos, la universidad es más deconstruida: se le arrebató su posibilidad de significar, esto es, la posibilidad de plantear preguntas acerca de la virtud, el saber y la belleza con los estudiantes de forma crítica.

Si hay indicadores de la declinación de la habilidad para el pensamiento abstracto, es mucho mayor con respecto a las destrezas verbales que con referencia a las destrezas matemáticas. Los símbolos matemáticos son puramente imaginarios, no tienen contexto humano, mientras que los símbolos verbales sólo pueden entenderse en ese contexto. Esta es la más importante anotación de Hirsch en su primera discusión sobre alfabetismocultural. Para que los estudiantes entiendan el sentido de los términos claves y para que sean capaces de pensar de forma abstracta con el lenguaje, necesitan conocer los contextos históricos, literarios y filosóficos en los cuales tales conceptos y metáforas son usados. Hirsch parece haber olvidado la idea más

general de contexto, cuando en últimas reduce el alfabetismo cultural a una mera lista de palabras. Como ya he indicado, este alfabetismo cultural es de pocas consecuencias prácticas en una civilización tecnológica. Es valiosa en civilizaciones cuyas instituciones son simbólicamente mediadas. En una civilización tecnológica, el alfabetismo que se demanda es el del computador.

El computador representa una amenaza al lenguaje y a la habilidad de pensar dialécticamente, tal como los mass media mismos. En su uso individual, el lenguaje del computador es exactamente lo que he descrito como el lado "brillante" del lenguaje burocrático: un lenguaje racionalizado de información. El gran peligro para la educación no es cuánto los estudiantes aprendan a usar el computador (porque tienen que hacerlo), sino que más y más la comunicación entre humanos se reduce a información transferida de un humano a un computador y viceversa. Las artes del diálogo y la escritura estarán seriamente debilitadas.

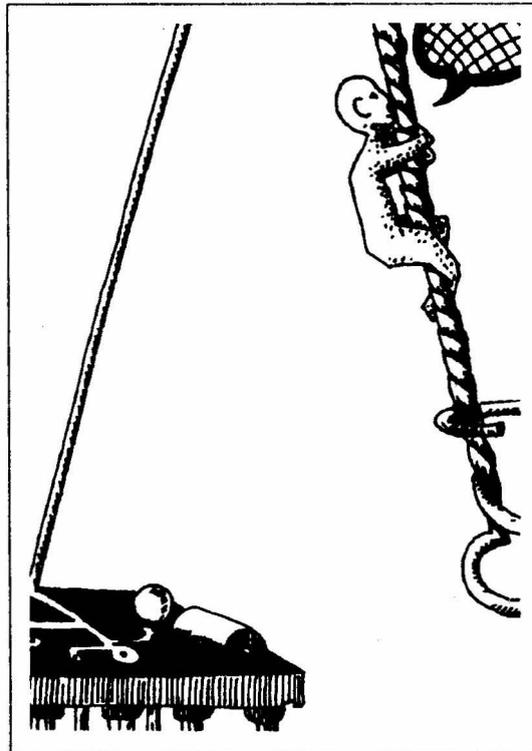
Así como para el lenguaje, el computador representa un gran peligro para el pensamiento. La lógica del computador es la lógica formal de categorías mutuamente excluyentes, pero la lógica de la existencia es dialéctica. La vida tal como se experimenta individual y colectivamente está plena de ambigüedad, ambivalencia y contradicción. La poesía es lo que mejor expresa esta perspectiva dialéctica, pero todas las humanidades y las ciencias humanas requieren de la

lógica dialéctica para permanecer auténticas. Y sólo la perspectiva dialéctica es la que permite el desarrollar una mente crítica. Sócrates entendía esto y aplicó la dialéctica aún a costo de su propia vida, como nos han relatado. El computador nos permite imponer la monolítica lógica formal y la metodología cuantitativa a toda la vida, reduciendo lo cualitativo a cuantitativo, reduciendo la comunicación a información, todo ello en nombre de la eficiencia. El uso del computador en la instrucción directa debería realmente tenerlo en cuenta.

III

Las artes liberales sobreviven como una distante y vaga memoria que nos encanta fantasmalmente. Cuando los profesores no enseñan tales artes liberales en un modo amplio, cuando los estudiantes no quieren aprenderlas, cuando la comunidad académica se hace tan especializada y técnica en su enfoque y cuando los administradores dejan de ver la administración como un mal necesario y lo menos importante de lo que una universidad hace, ¿cómo pueden florecer?

Si es correcta mi valoración, podemos obtenerlo en dos modos: tanto en una universidad con un currículo básico fuertemente dirigido hacia la historia, la literatura, la filosofía y las ciencias sociales que tienen sus propósitos dirigidos hacia el pensamiento apreciativo y crítico de nuestra civilización, facilitado por el uso del lenguaje y la búsqueda de



virtudes cívicas. El otro modo es el de una universidad dedicada intencionalmente a producir técnicos. Sólo el último tipo de universidades es verdaderamente eficiente: se convierte en una fábrica que produce masivamente sus productos -estudiantes-, que han de llegar a ser técnicos, gerentes y, en su gran mayoría, memorizadores a corto plazo.

Todo ello se condensa así: hemos escogido la última, la universidad sin cualidades. La gran novela de Robert Musil "El hombre sin cualidades" es muy instructiva aquí, ya que pinta el carácter de Ulrich, representación de la encrucijada del hombre moderno reducido al status de mero funcionario, alguien que actúa, pero cuya subjetividad está en un estado de flujo, alguien cuya identidad carece de centro moral: el hombre sin cualidades está ahí por nada. La universidad moderna también está ahí por nada, excepto por la eficiencia y el crecimiento. O, en otras palabras, por el poder. La universidad moderna se ha convertido en un funcionario institucional del sistema tecnológico. Si en un tiempo la universidad fue la más abierta de las instituciones, hoy no lo es. Si nosotros aún creemos en libertad académica, entonces uno de los actos de libertad más importantes será el oponerse a la monolítica estructura y contenido tecnológicos de la universidad.

Los análisis críticos piden sugerencias prácticas. ¿Qué podemos hacer? En primer término, debemos comenzar con la conclusión de que la universidad moderna es irreformable. La universidad que he descrito está con mucho en armonía con el desarrollo tecnológico. La universidad como institución no cambiará radicalmente hasta que la sociedad y la cultura lo hagan: reformar una universidad individual en la dirección que sugiero, sería puramente tonto. Los legisladores, los padres y los estudiantes mismos no lo apoyarían. Puede tenerse una facultad fundamentada aquí mismo en la grandes libros de la Civilización Occidental y permanecería siendo una rara excepción, pero, por favor, no piense que estoy recomendando un acercamiento basado en

"grandes libros", porque para mí un currículo así orientado simplemente osifica el pasado.

En segundo lugar, podemos actuar todos como individuos contra la tecnologización de la universidad. Podemos rehusarnos a ser meros especialistas leyendo más ampliamente, pensando con mayor profundidad y buscando conexiones de modo que podamos desarrollar un sentido mejor de la historia y la cultura. Debemos llegar a ser todos historiadores, críticos literarios, filósofos y sociólogos. Esta educación continua debería incorporarse dentro de nuestra enseñanza universitaria y nuestros logros en la investigación. Además, podemos rehusarnos a ser lacayos de una estructura burocrática rechazando el servir en la mayor parte de los comités de facultad y universitarios.

Tercero, debemos negarnos a enseñar al mínimo común denominador, porque debemos de hacer de los estudiantes motivados nuestro interés principal. No podemos realmente educar a todos los busca títulos. Encuestas de opinión pública indican que la abrumadora mayoría de los estudiantes universitarios jamás leen un libro serio después de graduarse en bachillerato, y si el bachillerato es sólo el comienzo de una educación permanente, entonces estamos ante un fracaso desalentador. La información memorizada se retiene por un corto período de tiempo, y para los exámenes de selección múltiple, los libros de texto y las grandes sesiones de clase es éste el medio de intercambio. ¿Por qué engañarnos a nosotros mismos? La mayoría de los estudiantes retendrán muy poco de los valores tradicionales de su educación universitaria y no continuarán autoeducándose. Dejarán la escuela con unas credenciales y unas pocas destrezas técnicas.

Y sin embargo, no podemos abandonar tampoco la mayoría sin motivación. Sus padres han pagado por su educación. Incluso algunos de ellos podrán aún interesarse por una educación seria en algún punto de su carrera universitaria. Lo mejor que podemos hacer

dentro de la universidad corriente es luchar por una acción afirmativa, encontrar un modo para fijar los cursos a un nivel de reto que sirva a los estudiantes motivados y también permita el paso normal de los otros estudiantes. Esto puede ser hecho en parte ajustando la dificultad de los exámenes con las expectativas como profesor hacia el estudiante promedio.

Finalmente, si la universidad es irreformable y las acciones que nosotros asumimos como individuos, nunca plenamente satisfactorias, hay otro camino. En concierto con otras mentes ligadas individualmente, ofrecer cursos a los estudiantes universitarios y a los adultos de la comunidad externa, por fuera de la estructura usual. Sugiero que tales cursos se dicten sin pago y sin notas, podrá subsistir la evaluación, pero sin asignar calificaciones, simplemente destacando lo que cada uno haga. Tales cursos podrán ser enseñados individualmente o en equipo. El punto es que en su gran mayoría deben ser ampliamente definidos, interdisciplinarios en presentación y tanto apreciativos como críticos en tono. No hay razones para que algunos se diseñen para apreciar la herencia cultural, mientras otros traten de ofrecer una visión crítica de este legado, especialmente si se mira a la sociedad moderna.

Debido a la ausencia de notas, grados o dinero, esta universidad informal de ideas sería totalmente gratuita. Nadie querrá ser profesor estudiante a menos que desee estudiar o enseñar. Las clases serían orientadas hacia la discusión y más pequeña que una clase habitual.

La libertad de esta empresa, la libertad de enseñar sin regulaciones burocráticas y la libertad para tomar un curso sin preocuparse por el dinero, el grado o el trabajo, servirán como una crítica vital a la universidad moderna cuya función principal es ayudar a conformar una civilización tecnológica pagando por ello con el lenguaje, la virtud y la capacidad crítica.

**Richard Stievers** es profesor de sociología en Illinois State University. Ha sido investigador asociado en el Centro de Investigación de Ciencias Sociales, University College Galway, y en la Universidad Nacional en Dublín. Es co-editor de "La definición colectiva de la desviación" (1975) y autor de "A Hair of dog: Irish Drinking and American Stereotype" (1976) y "Evil in Modern Myth and Ritual" (1982). Ahora escribe un libro sobre la moralidad moderna.